

se echa de ver luego, lo mismo que en casi todas las páginas del libro, que quien lo escribió no canta una ciudad sino busca, por deliberado o inconsciente propósito, cuanto en esa ciudad haya de monstruoso o de grotesco o de ridículo para complacerse en copiarlo.

De ahí tomo yo asidero para negar a *Instantáneas Neoyorquinas* la calidad de poema de Nueva York que quiere ver en el libro el señor de Oteyza: porque la condición épica, indispensable en obra de ese carácter, pediría que fueran todas las cuerdas de la lira, no solamente las que van ajustadas al tono menor de lo epigramático, las que entraran en juego. Nueva York sentida poéticamente en su totalidad dará, más que ninguna otra ciudad americana (digo *american*, no simplemente estadounidense o yanqui), la visión profética, continental, de la América de lo por venir; que será, no lo dudemos, una América en la cual quede contestada negativamente la pregunta de Rubén Darío: Tantos millones de hombres, ¿hablaremos inglés?

¡No! Pese a los Moncadas y los Olaya Herreras, la América que mora del Río Bravo para abajo seguirá hablando, lo que es más, pensando y sintiendo y obrando en romance castellano y portugués. Lo cual no ha de impedir, antes contribuirá, a que se entienda con la que mire la vida y la exprese en lengua diversa. El panamericanismo, en lo que guarda de americanidad (y digo de nuevo que *americano* no es simplemente estadounidense o yanqui), exprime el sentido de nueva solidaridad internacional, supernacionalista, que halla en América, tierra espiritualmente nueva y sin inhibición de petrificaciones históricas, arcilla más modelable que la europea. Por de contado, no en la América estadounidense de Wall Street ni en la criolla de los presidentillos cuya visión de estadistas no mira a los propios pueblos sino a los empréstitos y a las misiones técnicas.

Contemplada en la superficie, nuestra América latina da grima, ya lo sé. Pero cuando se ahonda un poco, cuando se viene en cuenta de que bajo la costra hedionda de sus gobiernos y de su *gente decente* y su prensa invertebrada hierve un nacionalismo, mejor dicho, un latinoamericanismo fragmentado a que sirven de centros provisionales de cohesión las respectivas nacionalidades, llámense México, Colombia o Bolivia, no son motivos para abatirse y desesperar sino para elevar muy alto los corazones y esperar cosas muy grandes lo que se le brinda a uno.

El poeta que cante a Nueva York, como el que abarque cualquier tema americano (por tercera vez he de hacer la advertencia de que *americano* no ha de tomarse en el sentido monroísta que limita la extensión del término a lo meramente estadounidense o yanqui), será, si la canta como cumple, vate, esto es, hombre poseído del numen, varón que asienta los pies en lo presente y está traspasando con la mirada lo futuro. Futuro americano, en este caso nuestro porvenir, que por serlo no siente nostalgias de servidumbre colonial, que

es la esencia de las gravitaciones hacia Madrid, *meridiano intelectual de Hispanoamérica*: ni anhelos de sometimiento al concepto estadounidense de la cultura y de la vida, que es el quid de la empresomanía y las misiones técnicas que reorganicen la hacienda pública y la economía nacional desnacionalizándolas, orientándolas hacia el rol de dependencia estadounidense.

La poesía americana, en suma, será, como tal, esencialmente afirmativa, cantará lo presente como signo de la América en gestación.

¿Quiere decir todo esto que las *Instantáneas Neoyorquinas* caigan fuera de la americanidad?

No ha sido tal mi intento; ni me parece que se llegue a tal conclusión al juzgarla según lo que antecede. Sepúlveda es un escritor, un poeta, no un vate ni un apóstol. Anda hartito metido en lo cotidiano, por algo sobresale como cronista, para que le quede tiempo de considerar, si no es en son de burla superficialísima, al *hombre integral* del militante José Vasconcelos. Y como lo presente es triste, Sepúlveda, que no siente como elegíaco ni tan siquiera como satírico, halla en el epigrama, en la burla que no edifica, el camino más fácil para desahogarse.

Esta tendencia negativa de las *Instantáneas Neoyorquinas* no resulta contraria sino antes bien va muy apareada con el entusiasmo de Sepúlveda en el único arranque epicórico del libro: el de las páginas en que canta a *Broadway la Maravillosa*, aunque no sin advertirnos, por vía de aclaración, que la calle que así lo entusiasma no es calle de los Estados Unidos sino Broadway no más. Todo lo cual, buceando un tantico, me da pie para preguntar si en el manifiesto afán de buscar sólo sombras, manchas, fealdades, bajezas en el panorama neoyorquino y en el fervor amante sentido ante Broadway no habrá que ver los dos polos opuestos en torno a los cuales gira una tragedia íntima que no es solamente de Sepúlveda sino de todo latinoamericano que, sin dejar de serlo, se arraiga en los Estados Unidos: la tragedia de ser y de sentirse a un tiempo mismo parte de lo que nos devora y carne y huesos de lo devorado. De donde nace la propensión a mirar únicamente cuanto haya de malo y de torpe en lo yanqui, y aquel no poder uno excusarse de querer lo yanqui, aun cuando sea en la forma pasiva de sentirse a gusto en medio de ello.

No podía percatarse de esto el prologuista de *Instantáneas Neoyorquinas*, para quien, como español al cabo, es el alma latinoamericana con sus angustias y vacilaciones y esperanzas de la hora presente alma ajena, a que sólo le une la mentira de «la madre España y sus hijas de América». De ahí que se regodee con el «problema del mestizaje» y el «golpe potentísimo» que dizque da Sepúlveda en *Little Italia*.

Ambas composiciones son, la que acabo de mencionar y la que lleva por título *116th. Street*, notas falsas, páginas desafortunadas, que sólo en cuanto veamos a las *Instantáneas Neoyorquinas* como

libro en que se busca sólo el enfocar el aspecto deforme o ridículo o grotesco pueden tolerarse. Y aun así, yo, que estimo y quiero a Sepúlveda y que soy, como él, latinoamericano, las arrancaré.

Esta calle ciento dieciséis de Nueva York tendrá

*whisky barato, coca y marihuana,
inglés bajo y español soez;
juego de la bolita y rumba cubana:*

habrá, no uno, centenares de fonógrafos de los que salgan canciones que como el *Ay, mamá Inés* sean música salida del alma o de la carne de nuestros negros o de nuestros indios: se encontrará en ella mucho malo (también se encuentra mucho bueno): pero esa calle rebelde a la disciplina, bulliciosa, alegre, irrespetuosa, desprendida, imprevisora... somos nosotros mismos, es decir, nuestra América, la América MESTIZA, la de los pueblos que van de México hasta la Argentina, en los cuales, por desgracia nuestra, hay todavía gentes empeñadas en tapar lo de indio y lo de negro que tenemos para decir que somos pueblos blancos o casi blancos. ¡Pueblos enteros es lo que es menester que seamos, pueblos que no renieguen de su propia sangre, que tengan la hombría de verse tales y como son y de querer afirmarse dentro de lo que son, que en ello, no en aspirar a caricaturas de europeos o de yanquis está el secreto de la futura grandeza!

Y esto me recuerda algo que no hay por qué no cuente aquí, como es lo que pasó en no sé cuál congreso panamericano de periodistas, en el cual una de las delegaciones del Sur daba la lata a todas horas con el estribillo de que «su país» era una república 90 % blanca; hasta que a los colegas mexicanos se les ocurrió acabar con la impertinencia diciendo en voz alta que el pueblo de México era *ciento por ciento mexicano*.

En cuanto a *Little Italia*, esa

*barriada. donde el mestizaje
está produciendo al hombre integral,
que armado de astucia, de fuerza y coraje.
es un Al Capone en el bandidaje
o un Doctor Giannini en el Capital,*

también hay que mirarla no sólo en lo deforme; necesario es verla como a algo nuestro, no en el sentido próximo de la sangre, mas sí en el sentido del alma. Esa latinidad que tanto sulfura a algunos españoles es hecho cierto en nuestra América, que si por la sangre es mestiza, por la cultura o el asomo de ella es latina, neolatina pero no exclusivamente española.

La obra literaria, cualquiera que fuere, no nace como un hongo. Tiene antecedentes, no ya personales sino dentro del organismo representado por la literatura de que forma parte. Buscando parentesco a Sepúlveda en las letras colombianas, se le hallan sin esfuerzo alguno con dos poetas, muerto ya para la vida de la carne el uno; que aun no ha dejado esta prisión de las almas el otro; son José Asunción Silva, el Silva de las *Gotas Amargas* antes que el de los *Nocurnos*, y Luis Carlos López.